

dirección, de fuerza. Instante ha de venir en que abandone atropelladamente la capital, so pena de perecer en combate, o sufrir apresamiento. (Yo que sabía el avance tenaz, vengador de los constitucionalistas).

Cuando llegaba al hotel, acercábase también Blanco. A su encuentro, bajé rápido la vista. Tenía el temor de delatarme a uno de los todopoderosos. Como me conoció, displicentemente, interrogóme:

—¿Qué impresión saca usted de nosotros?

—Magnífica, le respondí... Y atropellado, raudo, con ansias de irme, le ofrecí saludo de buenas noches, yendo a refugiarme a la alcoba; alcoba tibia, plácida, confortable, que conoce bien las inquietudes, los desvelos, la atroz pesadilla encalambradora de mis agudos nervios, en aquellas ocho horas fatales señaladas con signo rojo, en el índice de las aventuras del viaje.

## DE RETORNO . . .

### HACIA OMETUSCO

Era fatigosa; era punzadora; era violenta la estancia, en México, de los propios moradores pacíficos; suponed, pues, la mía, visitador, y advenido de la línea carrancista, tras el funesto trastorno de Eufemio Zapata, y sus huéspedes, arrojado, más allá de extramuros, en la febril jornada angelopolitana.

Reconstituyéndolo ahora, cruzan, llamean a mi vista, como siniestras exhalaciones, las balas asesinas, despedidas de aquel automóvil, hecho artefacto infernal, calles céntricas arriba; escucho, repercuten en mi interior, sonoramente, los choques broncíneos de las campanas cristianas, al ser arrojadas desde lo alto de cada torre contra las baldosas de granito, para luego, recogidas, revertirlas a materia informe, y aprovecharlas en moneda de curso; asaetan, quémanme el espíritu los encendidos recuerdos de tanto brutal relato, de tanta cruda escena de mise-

ria, de odiosidad, de exterminio, como conocí, y sentí, y contemplé, en escasas veinte y cuatro horas de capital—(Pancho Villa arrancando, a vivo empuje, del “Hotel Palace”, a la dueña—una ciudadana francesa—por resistirse a delatarle el refugio de honesta muchacha, que huyó despavorida de su alojamiento, tras las tentativas amorosas del hirsuto caudillo; después los francos secuestros, por el mismo general-tirano, de varios preeminentes señores, llevados hasta la zona norteña con amenaza de horca, al no ofrecer copioso rescate; y las varias desapariciones, sombrías, de familias completas, bien estimadas, y sin culpas políticas; y la sorpresa, y duro apresamiento de otras más, confiscándoles cuantos bienes poseyeran, por el delito, único, de conservar patrimonio rico; y, en suma, aquellas mazmorras horripilantes, sótanos negros, húmedos, inmundos, guarida de la muerte en empeños de epidemia, donde muchos compatriotas purgaron imaginarias conjuras, grillete al pie, látigo a las espaldas, entre tífico y tífico, y varioloso y varioloso, ¡oh, indescribible!!)

Aún Eulalio Gutiérrez, con toda su impavidez de amoral, ante la pavorosa magnitud de los acaecimientos, estremeciöse; sintió horror y vergüenza; afectos de proijimidad; poniendo su firma a fulminante proclama, que amenguará, siempre, la crudeza de cualquier comentario:

“Llega a mi conocimiento—consigna—causándome al mismo tiempo que pena, desagra-

do, que las distintas clases sociales de esta ciudad, se encuentran alarmadas y hasta poseídas de pánico, por las continuas desapariciones de individuos secuestrados por la noche, ya para exigirles en cambio de rescate sumas de dinero o para asesináseles en lugares despoblados. Cuando acepté el honroso y para mí inmerecido cargo de Presidente Provisional de la República, creí que todos mis compañeros de armas y correligionarios en general cooperarían conmigo para establecer un gobierno honrado y justo, que si bien no tendría complacencias con el enemigo, se basarían todos sus actos en la moral y en la ley, sin ambages ni subterfugios de ninguna especie, porque cuando se obra con justificación, no hay necesidad de ocultarse en las sombras de la noche, para imponer el castigo a quien lo merezca, por duro que sea; pero por el contrario, si no hay forma alguna de juicio, aunque sea sumarísimo, si se despoja o se mata sin procedimiento alguno, mañana o pasado que se nos haga el cargo de bandidos, de plagiarios y asesinos, no podremos rechazarlo justificándonos con los expedientes respectivos en cada caso.”

El pensamiento en crisis, la fantasía encendida, pensó el caos: sombras de la tierra miseranda y el cielo vengador; fantaseó alaridos de bíblicas trompetas — las trompetas de las maldiciones, con frase shakespeariana — fatales ellos, obsesionantes, estridentes...

... No podía reprimirme. Y de ahí que,

apenas alboreando, sin embargo de la desvelada noche, alcé reposo, me vestí, dispuse salida, abandoné el gran hotel. Por sus galerías, por sus antesalas, por su comedor, escaleras abajo, iba rápido, silencioso, cauteloso; queriendo suspender aliento y pasos; presa de recóndita zozobra. Ya en las oficinas, acercado a severo guardador alemán, hice averiguación:

—Tren para Ometuzco?

—A las nueve, contestó verticalmente.

Solo; solo; ajeno a rumbos, por ignorarlos; medio adormilado; metíme, entonces, para pasar el amplio intervalo de espera, en landó de corte antiquísimo, al tiro de dos animalitos tordillos. Anhelaban mis ojos, y mi corazón, sol, naturaleza, humanidad; y ni aquél vino a brindarme su rojor panteísta, descubriendo el sentido de las cosas: árboles, sendas, casas y montañas; ni los hombres, tampoco, aparecieron por ningún contorno. Frío, brumas, misterio, eso envolvía, en tal mañana perdurable, a la vasta y desierta ciudad lacustre; que, al fin, dejé, primero, al trote cansino de los rucios jamelgos, en seguida, a la marcha, igualmente lenta, pesarosa, como asoporada, del ferrocarril mexicano. La imaginación plasmó el momento con las medias tintas, grises y dolientes, de paisaje norteño; y palabras, lánguidas, amargas, atenaceantes palabras, de intenso poema Stchetti.

Alto de la locomotora en la Villa Guadalupe Hidalgo. Allí elévase magnífico san-

tuario — colegiata — que la creencia de los siglos conserva como el lugar más venerando de la República. Reúnense en la pequeña comarca hasta 10,000 vecinos, en gracia a las peregrinaciones, las romerías, los muchos jubileos producidos, frecuentemente, alrededor de la Virgen, germen y cifra de fe idolátrica, al modo de Nuestra Señora de Lourdes. Asegura áurea leyenda, ser ella imagen luenga en lo milagrosa, y muy benefactora del indio, desde cuando se le apareció, envuelta en un rayo de luz, camino de Tlaltelolco, al alucinado Juan Diego.

Grupo de beatas pregonaba, por aquellos días, esta maravilla: en la túnica de la amada Patrona luce, deslumbradoramente, tal fecha: 1915, vaticinio de paz.

... Y el pueblo, en masa, — mitad por crédulo, mitad por curioso — acudió a la santificada capilla, desbordándose hacia la estación para hacerse lenguas del sobrenatural suceso, salmando, con salves y letrillas, a la rosa mística de la Guadalupe; cuyas estampas, en mil formas y tamaños diversos, de papel, de cera, en trozos de tilma, como escapularios, ofrecíanse a la venta pública, por míseros centavos...

—Para los pobres...

—Para los enfermos...

—Para los hambrientos...

—Para la virgencita...

—Para el culto...

El clamor de los pedigüeños, y las rezanderas, y los alabadores, formando, sin duda, un apretado haz de bendiciones, elevaríase al trono celeste, a María Santísima, la Madre buena, la Madre bienaventurada, la Madre compadecida...

Arrancó la máquina, atravesando primero la laguna de Texcoco, ilusión, en nuestra alma atlántida, de mar calmoso; después a San Cristóbal, tumular—distante Ecatepec, campo del fusilamiento de Morelos, el héroe clérigo de Carácuaro; luego a Tepexpan; a Xometla; a San Juan de Teotihuacan, desde donde descubriéndose curiosas montañas geométricas.

*Un viajero*:—Vea usted, señor, las pirámides.

... Bien que las distinguí, pétreas, hieráticas, trucas. La "Antología Nacional", librito entretenido — con "La Conquista del Anahuac" y "Leyendas Antiguas Mexicanas", parte de mi bagaje literario del momento — enseñóme cómo eran dos las principales, y cómo denominándose, hoy, "La Luna", y "El Sol", los indígenas distinguieronlas con nombres, así de armoniosos y extraños: "Meztli Itzacual" y "Tonatuch Itzamal". Rodéanlas los "Tlalteles"; y todavía se desconoce su origen, y dedicación, aunque se las cree palacios o templos, por encontrarse dentro, tras ligeras investigaciones, cajitas de piedra, encerrando cráneos, cuentas, objetos de beita, serpentina, heliotropo, obsidiana, vasos labrados,

polvos de arena y oro... ¡Insondables arcanos de civilización extinta!

Luego de Teotihuacan, aparecióse Hueyapan; luego, Otumba, extensión en que libró su desquite el hidalgo de Medellín, a la destructora hazaña de Cuitlahuac, fuente ella de tan bello romance:

En Tacuba está Cortés,

Con su escuadrón esforzado:

Triste estaba y muy penoso,

Triste y con grande cuidado,

Una mano en la mejilla

Y la otra en el costado, etc.

Acércasele, cuentan las historias, al conquistador el bachiller Alonso Pérez:

—Señor capitán, no esté vuestra merced tan triste; que en las guerras estas cosas suelen acaecer, y no diré por vuestra merced: Mira Nero, de Tarpeya, a Roma cómo se ardía.

... Siendo semanas más tarde cuando él, con sus manos, dábale lanzada de muerte al Jefe azteca, derribándole de las andas "para provecho y gloria de la España!"

Complácime con semejantes entretenidas memoraciones, mientras los largos minutos que estuvimos en la llanura inmensa de cobalto, feudo mayoragista a través de muchas centurias.

Otro paradero más se topó antes de entrarnos al término de la avanzada ferrocarrilera: La Palma. Y en La Palma prodújose espectáculo que reclama referencia, por lo tí-

pico, por lo sugeridor. Cinco calamitosos traficantes, proponíanle al pasajero, de ventanilla a ventanilla, una prodigiosa variedad de figurillas, hechas con distintas materias: mármoles, pórfidos, barros, tezontle. Representaban ellas ídolos, amuletos, teogonías, ritos. En piedra cuadrada ofrecíase al dios "Tonacacihuatl;" en otra de análoga estructura, dos sacerdotes barbados, cómo realizaban el sacrificio sangriento de blancos prisioneros; en discos repulidos, violeta pálido, ónix, ámbar, venía un sol azteca con su laberinto cuneiforme; asomando, en negra "plaquette," su faz deforme, feroz, el insaciable "Huitzilopochtli." Observador superficial hubiese ligado, comparándolas, esta escena, y la de Villa Guadalupe. Ligereza imperdonable. Ambos son aspectos de inadmisibles parangón. Al primitivo fanatismo, sustituyóle en el alma india, el otro, el de la conquista; pero en tan segura raigambre que no creo exista uno sólo, entre los descendientes indígenas, que sienta respeto siquiera por los iconos, hechos pedazos en los albores de la españolización. Las impulsaciones de la raza hacia una religiosidad ardiente, plena, ciega, aprovechólas Las Casas; explótanlas actualmente frailes y jesuítas. Y si venden esas "cosas" un tiempo augustas y reverenciales, es por los dineros de sabios exploradores, y acuciosos turistas.

Sobre las once, ya, rindióse la tarea.

Estaba de nuevo por el límite de los pe-

ligos en descampado. Vendría la carreta; y con la carreta las incertidumbres, el malestar, la agonía... ¿Testigos?... Dios, el carromatero y los monótonos magueyales.

Que cuál situación era peor, si la pasada o la porvenir?

No lo supe, no lo sé. En las dos dolíame, atenzadoramente, la vida!!...

#### UNA PERIPECIA PINTOESCA

Traque, traque; traque, traque; traque, traque; traque...

... El carricoche "express" que me aguardaba—mediante compromiso de buen papel moneda—partiendo de Omestusco sobre horas "post meridian", subía aquí, bajaba allá, orzaba a la derecha, volvía a la izquierda; salvó pantanos, cruzó baches, mordió leguas y leguas de fango y polvo; entumecióse por la lluvia; hinchóse por el sol; fué a dar—bien entrado el crepúsculo—con sus maltrechas ruedas, y mis remolidos huesos, a Apam; gracias sean dadas a la Divina Providencia—y perdonen las mulas.

Durante el trayecto, como iba tan sólo, sin contar al indio conductor, me dediqué a observar a éste; pretendí bucearle el alma borrosa, apenas trasparenteada bajo aquella su pareja de ojillos menudos, inciertos, rendidos de mansedumbre, en cansancio bovino, y por los que sálale, a chorros, el hambre, mientras, muy boca adentro, metíase trozos de torta reseca,

pellejos de una dura gallina,—matusalénica—  
tragos de gelatinoso pulque. (Desayuno for-  
tificativo, si los hay).

Yo le miraba y le remiraba; aplicándole  
cuantas teorías antropológicas aprendí en la  
docta Universidad, con el madrugador catedrá-  
tico—en Palmas Académicas; y, sí: tenía ca-  
beza afilada, dolicocefala; frente primitiva en  
fuerza de escasa; ángulo facial obtuso, 38  
grados, con la complicidad del compás; piel  
opaca, de pigmentun amarilloso; hombros en-  
cogidos y enclenques; orejas débiles e inquie-  
tas, como las de una liebre, o la de dos lie-  
bres—para el estudio da lo mismo; ademanes  
pocos, y raquícos. “Ergo”: raza inferior,  
me dije, calándome las gruesas gafas, tamiza-  
doras del rayo febeo.

Y orondo del examen físico, comencé a ca-  
zar el moral:

—... ¿Y ustedes a quién preferían, quién  
era más bueno, don Porfirio o Madero?

—Pues no le cuento, mi jefecito.

*El carro*: traque, traque; traque, traque...

Y la revolución ¿pasa por aquí mucho la re-  
volución?

—Dicen...

*Las mulas*, casi a dúo: hugú, hugú, huaaaa...

—Pero cuáles son los peores o los mejores  
¿los de Carranza, los de Villa, los de Za-  
pata?...

—Sí señor, mi jefecito.

Perdí la paciencia y lancé tal pregunta:

(espanto de acémilas y crugimiento de vehícu-  
lo).

—¿Vas a contestarme?

*El indio*.—medio turulato—: Cómo no, mi  
jefecito, ¡como no!...

—Bueno ¿te gusta guerrear?

—Arre, mulí; ovejaa... a charra. ¿Se-  
ñor?

—Que si te agradaría la pelea.

—Pa comer tenemos.

Imposible sacarlo de eso. No astuto, po-  
desconfiado; sino inconsciente, por infeliz, na-  
da adelantó, nada opuso en concordancia con  
mi interrogatorio. Parecía enterarse del bár-  
baro sacudimiento intestinal, de la tremenda con-  
moción del país—de su país—a la manera de  
aquel palurdo baturro, que les afirmaba a unos  
compañeros de villorrio:

En la iglesia de no sé dónde,

se celebra no sé qué santo,

se le reza no sé qué cosa,

se le paga no sé qué tanto.

¡Tristísima situación la de tal ignorancia,  
amorfa abulia, miserable y perfecta irraciona-  
lidad humana — si me permitís llamarla así;  
en la que como se sumen, sucumben, millona-  
das de seres, “fecunda reserva de la patria  
mexicana,” asegura, optimista, el rugardkipli-  
nesco poeta Cravioto; “rebaño de parias sin  
redención posible” aventa a los cuatro puntos  
cardinales, mordido por pesimismo acerbo, Fé-  
lix F. Palavicini, sesudo educador. Y en se-

mejante pugna de pareceres, traída a mí mente para el caso, Atl que aparece preconizando el triunfo de la teoría Herbert Spencer: "la mentalidad individual y colectiva se produce según el ambiente que la rodea, pues ya el diablo se lo explicó a Gorki en "Los dueños de la vida" al borde de la tumba del librero cuco, sustentador de esa superioridad caucásica: "Ello, amigo, significa: Yo, mimosa doncella, infecunda, viví siempre bordando mi vida con la aguja despuntada de mi cerebro, para tejer, con el estambre de la idea más desacreditada, la peluca de los idiotas, a quienes preocupa el color de su piel, y la conformación de su cráneo."

Y al fin, ¿qué?; ¿cuáles mis deducciones? ¿Qué?: nada. ¿Deducciones?: ninguna. Si indio y mulas adivinan el laberinto de mi cerebro, echáranse a reír, burlonamente. Y quizá si no lo hicieran porque, llegando al término de ruta, conveniales mejor pensar en el descanso.

Ya en Apam, ¡infame sorpresa! Por las callejuelas, por las plazuelas, en algunos abarrotes, y cantinas, veíase tropa; poca, pero mala, a golpe de ojos. Unos mozalbetes flacos, escuálidos, tétricos, que ponían la cara tan rara para escudriñarme!

—Mira, mira esa petaca, exclamó alguno descubriendo mi imponderable maleta.

Y otro, con gesto de taimado, replicóle:

—Cállate, mano.

Diálogo fugaz y, ciertamente, un poco intranquilizador.

Después tuve aún motivos de más fuertes alarmas. La anciana rugosa qua a la ida hablóme de las fechorías, del bandidaje de cuantos por allí cruzaron, acompañando a Coss (incendios, rapiñas, crímenes), entre imprecaciones y conjuros, afirmábame:

—Estos soldados son los mismos. Y asaltan, señor, y cogen gallinas; y danle palos a los pacíficos. ¡Malos demonios los confundan! Usted tenga recelo, y escóndase. Son mala ralea; descarriados...

Y, toda temblando, clamante, enfurecida, recató el rosario de los saqueos, de los desórdenes, del salvajismo, de aquella horda, "venida del Infierno!"

Clarinadas; disputas; carreras; tiroteo; zambra ebria: éso desplegábase a mi observación. Seguir siquiera en la flamante hostería, era pecado de temeridad; cogí los calientes bocados envueltos en sobajada servilleta, y fuíme rápido a la fonda próxima, una casa al modo de los solares habaneros, pero mucho más abierta de patio y... de puertas—pues ninguna, ni por olvido, conservaba cerrojo. Mayores seguridades, me dije, fuera cobarde suponerlas. Entré; pagué; hice que comí; púseme, centinela de mí mismo, a leer; a leer dos libros:—¿adivináis?—"¡Arreglando el mundo!" y "¡Cuentos nefandos!"

No, lector; no, lectora; desarruga el ceño,